

LAS LECTURAS BREVES

P. FARNES

1. Las lecturas breves en el antiguo Oficio

La práctica de proclamar en las diversas horas del Oficio una lectura breve de la Escritura después de la salmodia, por lo que se refiere al Oficio latino, consta, por lo menos, desde comienzos de la Edad Media. Esta lectura parece que ya desde antiguo era bastante fija y se proclamaba habitualmente de memoria.¹ Esta misma costumbre de lecturas fijas y muy breves, a la que alude explícitamente la Regla de San Benito,² la encontramos también explícitamente en los códices litúrgicos medievales y de esta misma forma llega hasta la reforma litúrgica del Vaticano II.³ Si habitualmente la lectura breve era casi a diario la misma⁴ en los días más solemnes se tomaba siempre del inicio de la epístola de la misa, detalle éste que sin duda tendía también a facilitar la proclamación de memoria.

Si comparamos, por otra parte, esta lectura del Oficio con las formas

1 Así lo establece explícitamente, por ejemplo, la Regla benedictina para Laudes tanto, dominicales (para los que se señala un fragmento del Apocalipsis, cap. 12) como feriales (para los que se indica una de las epístolas, cap. 13). Para las restantes horas no se dice explícitamente que la lectura se proclame de memoria, pero el contexto parece dar a entender también esta misma práctica.

2 Cf. caps. 12 y 13.

3 Según el Breviario romano de San Pío V, en uso hasta 1971, figuran sólo dos lecturas breves para cada una de las horas: una para los domingos, otra para todas las restantes ferias.

4 En El Breviario romano en uso hasta la reforma del Vaticano II la lectura breve era la misma, por ejemplo, en cada una de las horas de todas las ferias desde la semana después de la Epifanía hasta Septuagésima y desde el lunes siguiente a la octava de Pentecostés hasta el domingo primero de Adviento; durante unas treinta semanas, por lo tanto, se repetía a diario un mismo texto como lectura breve.

habituales de lectura bíblica en la misa, además de que las primeras resultan ser mucho más breves y menos variantes, encontramos aún otra diferencia notable: en la misa la lectura precede siempre y sigue la salmodia (salmo responsorial); en el Oficio, en cambio, el salmodia ocupa el primer lugar y la lectura bíblica sigue. Sea la que fuere la razón histórica que originó esta diferencia, ⁵ estos dos usos tan distintos de proclamación del mensaje bíblico dan a las diversas celebraciones litúrgicas aquel matiz diferenciante del que hablábamos en el mes anterior ⁶ y que tanto facilita la vivencia profunda de la salmodia y la escucha atenta y contemplativa de la palabra, tan aptos, si se usan reflexivamente, para alejar la rutina y facilitar consiguientemente la oración como diálogo entre Dios y el orante. Por otra parte con esta variedad de formas se confirma el aserto que figura en la “*Insitutio generalis*” de la liturgia de las horas de que en la celebración del Oficio “se reúnen *de un modo peculiar* los diversos elementos que se dan en las demás celebraciones cristianas”. ⁷

2. Las lecturas breves en la Liturgia de las horas de Pablo VI

La reforma litúrgica de nuestros días ha introducido una novedad importante con respecto a las lecturas breves; conservando en parte la costumbre de perícopas cortas y menos variantes que las restantes lecturas litúrgicas ha establecido, con todo, una relativa variabilidad en las mismas.

En concreto las lecturas breves del tiempo ordinario fueron organizadas de tal forma que, en lugar de una lectura breve idéntica para todas las ferias e inserta en el Ordinario del Oficio ⁸, ahora hubieran lecturas distintas para cada una de las horas de todas las ferias de las cuatro semanas del salterio e incluídas, no en el Ordinario, sino en el salterio de las cuatro semanas. Además de estas cuatro series semanales que se usan en el tiempo ordinario, para Adviento, Navidad y Pascua ⁹ se seleccionaron también lecturas propias para cada día de una semana. Para Cuaresma se compusieron, no una sino dos series, la primera para usar hasta la quinta semana, la segunda para usar en los últimos días (los correspondientes al antiguo tiempo de pasión del anterior breviario romano). Por lo que respecta a las solemnidades y fiestas principales se seleccionaron lecturas breves propias y, al contrario de lo que se

⁵ Algunos piensan que se debe a que el Oficio primitivo empezaba con la proclamación de la palabra a la que los monjes antepusieron la salmodia (así parece desprenderse de las narraciones de Eteria); otros creen que más bien el fenómeno es debido a que el Oficio, ya desde sus orígenes, es una celebración centrada en la alabanza y que sólo posteriormente se le añadieron las lecturas (así podría desprenderse del carácter de determinadas celebraciones sinagógicas)

⁶ Cf. *Oración de las Horas* XX (1989)...

⁷ IGLH núm. 33

⁸ Así figuraban en el Breviario en uso hasta 1971

⁹ Para las ferias de la última semana pascual se seleccionaron lecturas distintas, con referencia al Espíritu Santo, pero sólo para Vísperas; en las demás horas se usan las mismas lecturas breves que en el resto de las ferias del tiempo pascual.

estiló en el breviario romano, siempre distintas a las lecturas de la misa. Para completas finalmente se compuso una serie semanal.

Para el conjunto de todas estas lecturas breves se adoptaron los criterios siguientes: a) se conservaron las lecturas breves del breviario romano siempre que se juzgaron adaptadas y no repitieran el texto leído en la misa; b) se añadieron pasajes breves de la Escritura que tienen un contenido de sentencia singular de fácil captación inmediata; c) se procuró, por lo que se refiere a Laudes y a Vísperas subrayar el carácter propio de cada una de estas dos horas; d) se buscó también subrayar el carácter propio de los domingos y de los viernes; e) se conservó la tradición romana de excluir de estas lecturas los textos evangélicos; las lecturas de Vísperas se tomaron siempre del Nuevo Testamento (en el antiguo breviario se tomaba con frecuencia también del Antiguo) con el fin de no distorsionar la dinámica de la revelación que se inicia con el Antiguo Testamento y culmina con el nuevo.¹⁰ Este principio ha puesto una dificultad concreta con referencia a las fiestas de María para las que si resultaba relativamente fácil encontrar imágenes prefigurativas en el Antiguo Testamento resulta, en cambio, más difícil encontrar textos no evangélicos del Nuevo Testamento que aludan a María. De aquí que las fiestas de María se vean casi limitadas a usar el único texto, en algún modo mariano del Nuevo Testamento (Ga. 4,4-5) y algún versículo del apocalipsis.

3. Las lecturas breves son palabra de Dios

Repasados brevemente los rasgos más destacados de la historia de las lecturas breves, veamos ahora sus principales características y las exigencias prácticas que se derivan de las mismas. El primer y fundamental aserto es que la lectura breve es verdadera Palabra de Dios. Este es un principio importante que no siempre se tiene en cuenta, por lo menos de manera suficiente. A veces el hecho de que estas lecturas son materialmente breves tiene como consecuencia que no se les de el relieve que deberían cobrar en el conjunto de la celebración. El hecho de que son Palabra de Dios debe influir tanto en la manera como se proclaman como en la actitud con que se escuchan. Es necesario conseguir que estas lecturas sean tenidas en máxima estima, “que se proclamen y se escuchen como verdadera Palabra de Dios”.¹¹ Este relieve celebrativo que debe darse a las lecturas breves se fundamenta no sólo en que éstas son verdaderas palabras de Dios sino también en que además son proclamación propuesta “solemne u oficialmente” por la Iglesia como fuente de su propia espiritualidad. Estas lecturas, en efecto, están seleccionadas, no según los gustos e

10 En la salmodia de Vísperas el último canto es siempre del Nuevo Testamento; por ello la lectura breve no puede retornar al Antiguo Testamento; en Vísperas –y en las restantes horas– como no hay salmodia del Nuevo Testamento la lectura breve puede tomarse indistintamente del Antiguo o del Nuevo Testamento.

11 Cf. IGLH 45

inclinaciones personales o particulares de un grupo, sino como hechos o verdades contempladas por toda la Iglesia en orden a la profundización del misterio de Cristo.

Como consecuencia de todo esto resulta necesario cuidar la manera de proclamarlas. Hay que insistir sobre todo en que el lugar propio de su proclamación es siempre el ámbón (o por lo menos, en los coros monásticos, un lugar del coro que resulte realmente destacado y distinto en todo caso del que se usa para otras lecturas, para las preces o para otras partes del Oficio). Resulta necesario recalcar este detalle porque a veces el hecho de que sean textos breves impide que en la práctica alcancen aquel realce que debe tener toda palabra bíblica. Cabría recordar a este respecto que si desde el ámbón deben proclamarse todas las lecturas bíblicas, en el mismo, por el contrario, no deberían proclamarse nunca otras lecturas, ni moniciones.¹² En el Oficio en concreto hay que proclamar en el ámbón tanto las lecturas bíblicas largas –las del Oficio de lectura– como las breves porque unas y otras son verdadera palabra de Dios; en cambio, no conviene proclamar desde el ámbón el texto patrístico del Oficio de lectura porque éste no lo es.¹³

La lectura breve, colocada al final de la salmodia, subraya y ayuda a vivir el carácter dialogante de la oración de las horas según la célebre frase de san Ambrosio: “con él hablamos cuando salmodiamos, y lo escuchamos a él cuando leemos los divinos oráculos”.¹⁴

4. Características propias de las lecturas breves

Si las lecturas breves tienen mucho de común con las restantes lecturas bíblicas de la liturgia, sobre todo por cuanto todas son Palabra de Dios y Palabra de Dios proclamada y contemplada por la Iglesia, con todo tienen también algunas características propias que las distinguen de las otras lecturas. Podríamos destacar principalmente cuatro de estas características: a) son textos especialmente claros y de fácil comprensión; b) inculcan con mayor intensidad algunos pensamientos sagrados; c) subrayan frases de mayor importancia que en el conjunto de la lectura larga podrían pasar desapercibidas; d) con su frecuente repetición ayudan a grabar en la mente los textos más importantes de la espiritualidad litúrgica de cada tiempo o de cada hora.

El hecho de que se trate de textos especialmente claros ayuda a que la celebración de los misterios se capte en un ambiente de silencio y personalización. Hoy sobre todo que las frecuentes moniciones y homilías –por otra parte necesarias o por lo menos útiles– tienen el riesgo de convertir la celebración en sólo catequesis

12 Cf. “Institutio Generalis” del Misal Romano n. 272

13 Las lecturas patrísticas pueden proclamarse o bien desde el propio lugar en el coro (mientras el lector no esté de espaldas a la asamblea) o bien al pie del ámbón, pero sin subir al estrado o gradas del mismo.

14 *De Officiis ministrorum* I, 20,88: PL 16, 50

doctrinal ¹⁵ es bueno que haya espacios celebrativos en que la palabra resuene ella misma en el corazón de los fieles sin otras mediaciones que, si bien la sirven, aplican y clarifican, tienen también el riesgo de polarizar su sentido en sólo algunos de sus aspectos y de atraer excesivamente la atención de los fieles más en lo que dice el homileta que en lo que se contiene en la palabra misma. ¹⁶ Unos textos, por tanto, que con facilidad se comprenden y con un breve silencio se profundizan, colocados en el interior de la celebración y de la plegaria orante, están llamados a dar a la misma un sentido de contemplación del misterio.

Las lecturas breves tienen además la característica de ser un buen medio de subrayar con intensidad algunas afirmaciones de la Escritura que en el conjunto de la lectura bíblica pasan posiblemente casi desapercibidas entre otros asertos que, aunque también sean palabra de Dios, son menos importantes. Y este detalle es hoy, en la liturgia restaurada, más importante de lo que era, si cabe, en las estructuras litúrgicas de antes del Vaticano II. En efecto, antes de la reforma litúrgica los textos bíblicos eran mucho menos abundantes y por ello los pocos que figuraban en el Leccionario quedaban más fácilmente impresos en la memoria y casi espontáneamente se conectaban con un determinado misterio. En Adviento, por ejemplo, la frase "Ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer" (Rm 13,11) se escuchaba insistentemente todos los años varias veces al día en el primer domingo tanto en la epístola como en las I y en las II Vísperas y en Tercia; en los días feriales se repetía todos los días como lectura de Laudes la frase: "Venid, subamos al monte del Señor" (Is 2,1); todos años, en la misa del primer domingo de Cuaresma, se oía la expresión "Os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios. Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación" (2 Co 6,3). Y esta misma expresión volvía a escucharse tres veces más en el mismo día, en I y II Vísperas y en

15 Permítasenos a este respecto, pensando sobre todo en las comunidades dedicadas a la educación y formación catequética de los niños, que no creemos de ningún modo ni equilibrado ni pedagógico celebrar con los niños y aparte de la asamblea la Liturgia de la Palabra de la misa y luego llevarlos a la asamblea de los adultos para la parte eucarística. Este proceder es altamente deseducativo y deformante por cuanto tiende a convertir la *liturgia*, es decir, la *celebración* de la palabra en una simple catequesis o clase. Por otra parte, ¿es, por ventura, la parte eucarística más sencilla para los niños que la liturgia de la palabra para que esta segunda parte la puedan celebrar con los adultos mientras la palabra se les debe apartar? Es necesario velar para que pedagógicamente los niños se sientan incorporados a la celebración como tal, incluso con el riesgo de que algo no acaben de comprenderlo; de ninguna forma pueden acostumbrarse a ver la celebración como una simple clase o catequesis.

16 No podemos dejar de aludir y condenar bajo este aspecto un defecto que descubrimos en no pocas comunidades, incluso contemplativas: es frecuente que se tomen actitudes, incluso externas, de mayor atención a la homilía que a la lectura bíblica. No pocas veces, por ejemplo, el organista está incómodamente sentado durante la lectura —por tanto le resulta difícil escuchar con atención— y, en cambio, en el momento de la homilía deja el órgano y se sienta de modo visiblemente más distendido para escuchar con atención las palabras del que preside. ¿No es ello signo de más aprecio de la palabra humana, que vale menos, que de la palabra divina que es trascendente?

Tercia. De esta forma unos pocos, pero importantes, textos bíblicos quedaban por una parte impresos en la memoria y por otra parte, sabidos de memoria, daban fácilmente como el color propio de cada tiempo y de las principales celebraciones. Hoy las lecturas se han multiplicado felizmente y el pueblo conoce mucho mejor el contenido de la palabra divina a través de unos leccionarios litúrgicos mucho más ricos y variados. Pero continúa siendo verdad que hay fragmentos de la Escritura que son “mayores” y que contienen un mensaje muy central y muy propio para expresar la espiritualidad cristiana en general o con referencia a las diversas facetas del misterio de Cristo y del año litúrgico. Y estas frases conviene repetirlas y saberlas casi de memoria. Es en este aspecto que las lecturas breves, repetidas varias veces durante un mismo período, son especialmente interesantes.¹⁷

4. Posibilidad de sustituir las lecturas breves por perícopas más largas

La “*Institutio generalis*” de la liturgia de las horas da la posibilidad de substituir algunas de las lecturas breves del Oficio por lecturas largas, es decir, por la proclamación de perícopas semejantes a las de la misa o del Oficio de lectura. Se trata, evidentemente, de una práctica excepcional cuyo uso debe equilibrarse para no desfigurar el conjunto de las celebraciones.

Digamos, en primer lugar, que la posibilidad no vale para todas las horas del Oficio sino exclusivamente para las horas mayores de Laudes y Vísperas.¹⁸ Añadamos a ello que no parece aconsejable que las comunidades monásticas o las personas que habitualmente rezan el Oficio de lectura adopten este proceder. Ellos ya tienen un cuádruple sistema de lecturas largas (los dos ciclos de lectura continuada –epístola y evangelio– de la misa ferial, los ciclos del leccionario de la misa dominical y el ciclo de lectura continuada del Oficio de lectura) y abarrocarían las celebraciones si a estos ciclos añadieran aún otro nuevo.

Tampoco resulta aconsejable –hemos visto que algunas veces se hace– usar la misma lectura breve que figura en el Oficio, pero alargándola; el fragmento indicado en la Liturgia de las horas se ha escogido precisamente *para subrayar una determinada*

17 En principio ahora estas lecturas se repiten, no a diario como en el Breviario de San Pío V, sino en el tiempo ordinario, una vez cada cuatro semanas y en los tiempos fuertes, una vez cada semana (aunque en Cuaresma hay dos series que responden a los antiguos tiempos de Cuaresma y Pasión) y en la Cincuentena pascual las de Vísperas (no las de las restantes horas) tienen también dos series, para antes y después de la Ascensión.

18 Es frecuente que, en algunas ocasiones como por ejemplo en las Jornadas de estudio, se empiece con el rezo de tercia y se supla la lectura breve de esta hora con un fragmento bíblico largo apropiado a la temática que se va a tratar. Este proceder ni está previsto en la “*Institutio generalis*” de la liturgia de las horas, ni es correcto porque a la larga tiende a igualar las horas menores como si fueran casi lo mismo que Laudes y Vísperas que, ellas solas, son como el quicio de la oración eclesial (Cf. SC 89 a).

frase; si el texto alarga la frase que ha motivado la elección pierde su subrayado y con ello se desdibuja el porqué de la motivación de la perícopa; además con ello, el fragmento resultante, fuera por una parte del contexto de la lectura íntegra del libro y prescindiendo por otra del subrayado de una de sus frases, pierde, con frecuencia, toda su significatividad.

Otra práctica desaconsejable sería la de repetir como lectura de Laudes o Vísperas una de las lecturas de la misa. En el fondo esta práctica es como un vestigio de los usos anteriores a la reforma pues en aquel entonces la lectura de Vísperas era en todas las fiestas el primer fragmento de la epístola de la misa del día. Ahora bien: la reforma litúrgica, precisamente para dar “vida” y sentido de novedad y acontecimiento a toda proclamación de la palabra –sea ésta larga o breve– quiso evitar que un mismo texto se proclame litúrgicamente más de una vez al día. Por ello, cuando la “*Institutio*” de la Liturgia de las horas sugiere pistas, como luego veremos, para buscar lecturas largas para Laudes o Vísperas no alude en absoluto al recurso a las lecturas de la misa del día (sí, en cambio, a las de las misas de *otros días*). A veces se nos ha dicho que recurrir a las lecturas de la misa tiene la ventaja de que facilita la doble homilía: en la misa se comenta el evangelio, en Vísperas otra lectura de la misma. Pero ello es colocar la palabra al servicio de la homilía y este enfoque evidentemente no es correcto.

La propia “*Institutio generalis*” de la liturgia de las horas da unas pistas interesantes en vistas a estas substituciones: en primer lugar sugiere usar para esta posible lectura prolongada las lecturas del Oficio de lectura: evidentemente se trata aquí de personas que no rezan este Oficio. Usar este leccionario para suplir la lectura breve puede ser muy oportuno y aconsejable cuando se trata de solemnizar una fiesta con el pueblo; sería el caso, por ejemplo, de una comunidad –que no reza el Oficio de lectura– y desea solemnizar la fiesta de la Inmaculada: en las I ó II Vísperas podrían usar la lectura del Oficio de lectura y sobre esta perícopa tener una homilía. Este sistema no valdría –evidentemente– si se tratara de un domingo o de una feria, porque en estos días la lectura del Oficio forma parte de una lectura continuada y un fragmento aislado perdería su sentido genuino.

5. Una sugerencia especialmente oportuna para las comunidades contemplativas

Hemos dicho ya más arriba que no parece oportuno que las comunidades o personas que habitualmente rezan el Oficio de lectura conviertan las lecturas breves en perícopas largas: pero hay quizá un caso excepcional en que podría ser sugerente para estos grupos consagrados, por vocación propia, a la plegaria introducir una lectura larga en Laudes o Vísperas. Se trataría de días especialmente marcados por un *acontecimiento eclesial* del que no se hace eco la liturgia del día. Sería el caso, por ejemplo, de los días del Octavario de oración por la unidad de los cristianos o el de los días que preceden al Domingo de la evangelización de los pueblos (DOMUND).

En estas ocasiones puede ser muy sugerente que, en Vísperas o en Laudes, la lectura –y alguna petición añadida en las preces– aludieran a estas grandes intenciones de la Iglesia. El leccionario de las misas para diversas necesidades podría sugerir las lecturas concretas para cada una de estas ocasiones. No sería correcto, en cambio, introducir lecturas de este tipo cuando se trata de devociones personales o de grupo porque como ya recordó Pío XII,¹⁹ y de nuevo ha recalcado en varias ocasiones Juan Pablo II²⁰ “los actos piadosos jamás deben mezclarse con las celebraciones litúrgicas”.

6. Un caso en que resulta especialmente recomendable substituir la lectura breve de Laudes o Vísperas por una perícopa larga

Quisiéramos terminar estas reflexiones sobre las lecturas largas incorporadas a Laudes o a Vísperas con un caso al que aluden tanto la “Institutio” de la Liturgia de las Horas²¹ como la del Misal²²: cuando por la coincidencia de una fiesta o de una solemnidad –o la celebración local de una misa de difunto o votiva– queda interrumpida la lectura continuada de la misa, para no interrumpir la continuidad de los libros que se están leyendo, las perícopas omitidas, o bien se pueden juntar con las del día anterior o posterior o bien, excepto el evangelio, pueden proclamarse en Laudes o Vísperas. Esta “recuperación” de la lectura omitida evidentemente debe hacerse no en el día festivo –que tiene sus lecturas tanto largas como breves propias– sino en el día anterior o posterior. Como se trata de la lectura continuada habitual y ésta no representa añadir un nuevo ciclo de lecturas sino procurar por su no interrupción, esta práctica vale también –y sobre todo– para las comunidades contemplativas que rezan también el Oficio de lectura.

19 Cf. *Música sacra et sacra liturgia*, n. 11

20 v.gr. a los Obispos de Molisa (Cf. *Osservatore romano*, edic. española, 31, VIII, 1986)

21 n. 46

22 n. 319